

Letrillas



LOS RAROS

Helen Phillips: raras tramas cristalizadas

por Bárbara Mingo Costales

Hay un grabado de Helen Phillips que parece la sección de una lombarda. Estando tan demencial el mundo me sorprende empezar así. Pero no lo digo como gracieta; es la comparación que me ha venido a la mente de inmediato y a cualquiera le pasaría igual, y además las volutas que dibujan las hojas de las coles son una de las cosas más fascinantes que se me ocurren. Cualquiera querría ser comparado con ellas. También su color, el de las lombardas, es especial y sorprendente, uno de los casos en los que lo que produce la naturaleza parece

artificial. Me doy cuenta de que al decir eso parezco haber vivido solamente en la tundra en invierno, con luz de anochecer, porque lo cierto es que no hay que buscar demasiado en la tierra para encontrar multitud de flores, pájaros y peces con los colores más llamativos y los aspectos más químéricos (no siempre esos colores espectaculares son inofensivos para nosotros. A veces anuncian peligros, como el rojo vivo de la *Amanita muscaria*, o como la especie de limo rosa-dorado que apareció hace unos días en una playa de Tasmania, producto de

una sobreabundancia de algas tóxicas para humanos y otros animales).

También es especial el color de la lombarda, que cambia al cocinarla, más rojizo cuando está cruda y más azulado una vez cocida. Cómo es posible que el agua salga tan oscura. En fin, un prodigo cotidiano y a la vez un motivo no tan raro para las artes plásticas. Van Gogh tiene un bodegón en el que las pinta con unas cebollas, aunque las saca sin cortar, de modo que destacan más por los colores que por las formas interiores; lo mismo hace Solana en un bodegón suyo, en el que lo más llamativo son quizás las redondeces casi fractales, y desde luego tostadas –¿reflejan los brillos cálidos de la jarra de bronce contigua?–, de una coliflor. El fotógrafo Edward Weston sí que cortó por la mitad la lombarda que retrató en primer plano en 1930. Miró la copia en la web del Art Institute de Chicago y esta vez a lo que me recuerda es a una langosta, con las patas y las antenas hacia delante.

Esas volutas son hipnóticas. Como las huellas dactilares, dan una idea de la infinitud de las formas y de la individualidad de los seres. Recuerdan también a Klimt por vía de Hundertwasser.

Pero volviendo a Helen Phillips, escultora estadounidense, y a su grabado: se llama *El pájaro que canta. L'Oiseau qui chante*, en realidad, porque cuando lo hizo, a principios de la década de 1950, estaba viviendo en París. Era su tercera estancia allí. Había vivido en la ciudad entre 1936 y 1939, donde aprendió la técnica del grabado en el Atelier 17, donde se cruzaría con Max Ernst, Giacometti, Joan

Miró, Chagall o Maria Helena Vieira da Silva, la fantástica pintora portuguesa que está expuesta ahora en el museo Guggenheim, y que es el tema del libro de Agustina Bessa-Luís (*Tiempo al tiempo*) que ha publicado Athenaica hace poco. Vieira da Silva y Phillips son inconfundibles, pero miro ahora los cuadros de cada una y en las dos coincide la maestría en las tramas. En París, Phillips se hizo también amiga de los surrealistas. Muchos de ellos, cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, salieron de Francia y se refugiaron en los Estados Unidos (en Nueva York). Los parisinos pasaron de hospedar a ser hospedados, en el recoloque general de aquel tiempo. Ya en 1947 la Hugo Gallery de Nueva York acogió la exposición "Blood flames", en la que Phillips participó junto a Arshile Gorky, Roberto Matta, Wifredo Lam, Gerome Kamrowski, David Hare, Isamu Noguchi y Jeanne Reynal. Allí se pudieron ver dos esculturas suyas, de bronce y con títulos filosóficos: *Moto perpetuo* y *Dualism*. Algunas de sus piezas son formas retorcidas que recuerdan, según el estado mental del observador, a las estelas que dejan tizones prendidos cuando se dibuja con ellos en el aire, por la noche, pero también, y esto lo digo subyugada por la imagen horticulta del principio, a los tronchos y partes más duras del interior de las coles, o a los filamentos en que se detiene el estano fundido cuando se vierte en agua en la práctica de la molibdomancia, o a los caminos de las termitas en la maciza madera de los muebles, y en general a las formas difíciles de ver y caprichosas, como si fueran, esas esculturas de Helen Phillips, densificaciones de trayectos impredecibles, alrededor de las cuales se sostiene, inopinadamente, un mundo.

El matrimonio formado por el pintor John Stephan y la escritora Ruth Stephan editó, entre 1947 y 1949, los nueve números de una revista que se llamó, en homenaje a William Blake, *The Tiger's Eye*, que estaba dedicada a los surrealistas tanto europeos como

americanos y que anticipó a la vez el expresionismo abstracto. Para el número 4, publicado en junio de 1948, Helen Phillips escribió lo siguiente:

LA IMAGEN: RECONOCIMIENTO DE UN MOMENTO

Enfrente de la oposición, en medio de la inseguridad, entre las direcciones e ideas en conflicto, uno prende de una imagen. Y aunque hasta uno mismo la niega, la imagen se mantiene. Ignorada, se afirma a sí misma. Rechazada, se camufla y regresa.

Condenada, se vuelve una obsesión. Es el reconocimiento de un momento, un momento que vuelve una y otra vez con rostros diferentes. La imagen es mi estabilidad. En el momento en que el tacto y la vista ofrecen la evidencia de que la imagen existe, esta se convierte en otro planeta, en un sistema solar inquebrantable, y el mundo puede girar, con seguridad, alrededor de su eje. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).



MÚSICA

Todos rejuntos ahora

por **Rodrigo Fresán**

UNO. Un/otro día en la vida, *I read the news today, oh boy*, y la noticia es que sale a la venta otro/un nuevo álbum de The Beatles. Y yo escribo estos apuntes en un presente inmediato listo para ser pasado remoto para que ustedes lo lean en un

futuro más o menos in/cierto; porque se sabe: el inolvidable *yesterday* en Mondo Beatle fue y es y será siempre su recordable *tomorrow never knows*. Con The Beatles de lo que trata y de lo que se trata es de la (in) trascendencia del factor tiempo y del borrado de toda frontera.

Sí, de nuevo: un añejo/fresco álbum, otra obra vintage/vanguardista de esa banda que nació en 1969 y murió en 1970 para así ser inmortal hasta el infinito y más allá. Y lo *nueviejo* que toca y suena esta vez es el añadido volumen 4 al proyecto *Anthology*. Eso que quien firma estas líneas ya

consumió devotamente (The Beatles son un culto) entre 1995 y 1996 en su primera edición CD y como especial televisivo por entregas; en el 2000 en forma de *coffee-table book* autobiográfico-oral-coral; y en DVD corregido y aumentado en 2003.

¿Quién da más para quien consume más que The Beatles? Nadie, y así ese materialista material que se sumó a los doce álbumes oficiales en UK (recompaginados en diecisiete en USA antes de la unificación universal de hoy) a los que se añadieron cinco registros en directo, 37 *box-sets* y, ah, 52 recopilaciones de material clásico y disperso. Diversas reencarnaciones que van de los *Red* y *Blue* álbumes (relanzados en potenciada versión deluxe y remezclada en 2003 por Giles, hijo de George “Quinto Beatle” Martin) a los rejantes temáticos de *rock'n'roll*, *love songs*, canciones de película, rarezas y *past-masters* y, curiosamente, todavía ningún compendio de sus muchas canciones más infantiles. Pero ya llegará.

Mientras tanto y hasta entonces esta *Anthology* revisitada vuelve, también, cortesía del Disney Channel (hogar también de otros superhéroes como los de la DC/Marvel/Star Wars) y al cuidado del combo-visualizador oficial Peter Jackson, lo que no deja de ser coherente, porque se sabe que uno de los proyectos filmicos frustrados en su momento de los Fab Four fue una adaptación de *El señor de los anillos* con John como Gollum, Paul como Frodo, Ringo como Sam y George como Gandalf o algo así. Y, sí, The Beatles como el por siempre deseado *my precious* de ya varias generaciones. De ahí que causase poca gracia –por imposible, por inverosímil– la premisa de aquel *one-joke film* de Danny Boyle, *Yesterday*, con un mundo en el que The Beatles jamás habían existido, pero que, salvo eso, era igual al nuestro. Y es que nada sería igual sin The Beatles: sería como suprimir la penicilina o la división del átomo o el magnicidio

de JFK o la llegada del hombre a la Luna o esos teléfonos inmóviles y desinteligentes en los que muchos oyen “You know my name (Look up the number)”.

Y allá vamos otra vez –dejándolos ser una vez más a quienes nunca dejaron de serlo– *all together now...*

DOS. ... en busca del recuperado tiempo perdido. Y ahí está *Anthology 4*, que en principio solo iba a poder adquirirse junto a todo el set. Pero los fans dijeron que suficiente, que ya era demasiado pedir, que no. Además, el CD doble no trae nada que no hubiese sido ya incluido en pasadas *box-sets* junto a la versión mejorada de sus tres canciones ectoplasmáticas –la última de ellas, “Now and then”, número 1 mundial en 2023 y ganadora del Grammy– y la renovada ausencia de la vanguardista “Carnival of light”. *Anthology 4* muy bien expuesto en la tienda Revólver de la calle Tallers, en los bordes de El Raval, en Barcelona. La tienda que permanece (la otra Revólver cerró no hace mucho, como buena parte de las muchas que alguna vez definieron el sonido de esa calle) sostenida por la resurrección del vinilo y la venta de cajas eufórico-nostálgicas. Cruzas de sarcófagos faraónicos con atesorables cofres del tesoro. Productos que se yerguen como catedrales dedicadas al *rock'n'pop*. Género musical más revolucionario y, también, el que más rápido envejeció: porque la suya es hoy, inevitablemente, la crepuscular edad de sus oyentes originales que comienzan a desaparecer, como esos cada vez menos veteranos de guerras mundiales. De ahí que lo nuevo que genera no tenga mucho de novedoso y lo antiguo haya adquirido la categoría no de trasto de ático, sino de pieza de museo muy bien presentada y a precio/valor en ocasiones astronómico. Sólidos fantasmas de Navidades pasadas ideales para decorar arbolitos de mágica realeza.

Allí, en el escaparate, entonces, no solo flamantes urnas en llamas y no ceniceras dedicadas a la larga posvida artística de los Beatles ya separados, sino también refrescados y recientes estuches de lo de Pink Floyd y Bruce Springsteen y The Who y David Bowie. Todos bajo la atenta mirada y presencia de Taylor Swift, quien ya, seguramente, está haciendo acopio de material para un futuro más o menos lejano en plan nueva Dolly Parton (si no es asesinada antes por un sicario contratado por sus exnovios cansados de inspirar sus canciones).

TRES. Y entre todos y todo destaca la “novedad” de la entrega 18 de las ya tradicionales (su largo alieno inaugurado con el entonces inesperadamente exitoso y pionero *Biograph* de 1985 para así disimular un supuesto bajón creativo del *songwriter cum laude*) *The bootleg series* de Bob Dylan: *Through an open window 1956-1963*. Ocho CD y 139 tracks acompañados por un magnífico y esclarecedor libro/ensayo del dylanita Sean Wilentz –con portada en la que el muy joven posa ya con actitud de coloso atemporal– dando cuenta y cantando su más remota prehistoria con demos, descartes, versiones alternativas, y directos en livings, cafeterías, clubes nocturnos y el Carnegie Hall testimoniando su milagroso y vertiginoso rito de paso de ser aprendiz dedicado a magistral brujo en cuestión de meses. Y, sí, posiblemente Dylan sea el mejor a la hora de organizar y exhumar esta suerte de ya discografía suya paralela. Porque en su bóveda (mientras crecen los rumores de que ya ha terminado nuevo trabajo luego del formidable *Rough and rowdy ways*, de 2020, sosteniendo en su totalidad por sí solo y sin ayuda de “Blowin’ in the wind” o “Like a rolling stone” la set-list de los conciertos de su presente pero ya inmemorial gira que no cesa) yacen joyas insospechadas y que, a menudo,

superan con creces a lo lanzado en sus álbumes “oficiales”.

Y el de esta entrega es el Dylan que resultó toda una revelación para los jóvenes cuando protagonizó *biopic* con cara de Timothée Chalamet. Y, sí, ahí y de ahí, otro síntoma del crepúsculo: si los rockers –alentados por el éxito y prestigio ganado por las *memoirs* de Patti Smith y el mismo Dylan a principios de milenio– se lanzaron en carrera desesperada a redactar sus pasados (la última y bastante interesante es la de Cat “Yusuf” Stevens), lo que ahora quieren es una película (hacerse la película, sí) sobre sus idas y vueltas. Y estas, inevitablemente, son cada vez más simples e inocentes: porque van dirigidas a un público más bien tierno e inexperto, a un nuevo mercado. Así, si la multifacética y polimorfa y perversa *I'm not there* (2007) de Todd Haynes rebalsaba de guiños cómplices y contraseñas para *connoisseurs*, *A complete unknown* (2024) de James Mangold es casi un *Dylan 101 for dummies*. Y, de ahí, esa preciosa anécdota: Mangold –director de la película y quien en 2005 ya se había metido con Johnny Cash en su *Walk the line*– pidió, antes de encarar la película, audiencia con Dylan para tener su bendición para contar y cantar su vida. Entonces –en un bar de Los Ángeles especialmente cerrado para la ocasión– Dylan enarcó ceja, sonrió sonrisa dylanesca y le preguntó: “¿Y de qué va a tratar?”

CUATRO. El resto de las recientes *biopics*, claro, no tienen ese dilema. Y son todas más bien homogéneas e higiénicas. Y, como dijo alguien, demasiado cercanas a la *fan fiction* superproducidita e hipertrofiada: Queen y Elton John y Robbie Williams (en plan chimpancé) y Springsteen por los tiempos de *Nebraska* (deprimido y mucho antes de sentarse a conversar con Obama en plan coleguitas para un vergonzante libro titulado *Renegados*) y Elvis

y Priscilla y Amy Winehouse y Bob Marley. Y ya están en trámite las de Madonna, Ronnie Spector, Linda Ronstadt, Carole King, Michael Jackson y el multiproyecto de Sam “American Beauty” Mendes, quien dedicará un largometraje a cada uno de The Beatles contando aquel viejo mito ya cuasi arturiano desde sus cuatro puntos de vista. Y, de algún modo, todo esto funcionará como la presente reescritura a futuro de una nueva versión del pasado. Algo más fácil de asimilar y para lo que –tal vez de un modo entre inconsciente y subliminal– el comprarse la nueva entrega de *Anthology* (o cualquiera de los muchos ensayos que no dejan de publicarse; los más recomendables de una última camada son *1, 2, 3, 4: Los Beatles marcando el tiempo* de Craig Brown y el muy original y revelador *John & Paul: A love story in songs* de Ian Leslie, poniéndose a la altura del indispensable *Revolución en la mente* de Ian MacDonald) funcione como una suerte de más simbólica y apenas heroica forma de resistencia y teoría muy personal. Sí: The Beatles parecen acompañar a la humanidad toda a lo largo de las diferentes cuatro estaciones de la vida. Ringo es la infancia, John la adolescencia, Paul la asentada vida familiar y George esa dulce amargura y delicioso resentimiento que recién se alcanzaba en la madurez porque –paradójicamente el más joven– había sido, desde el principio, el más viejo.

Y así –*I love to turn you on...*– hasta que la muerte nos separe.

Mientras tanto y hasta entonces –acaso alentado por los recientes regresos de Blur y Pulp y Oasis y, esperamos, lo que más se espera, alentando a ese tan demorado reencuentro de The Kinks– Spinal Tap ha vuelto a reunirse. ~

RODRIGO FRESAN es escritor. En 2025 publicó *El Pequeño Gatsby: Apuntes para la teoría de una gran novela* (Debate).

Esto es lo que hay: la doctrina Trump y la guerra inevitable

por Ricardo Dudda

En su nuevo libro, *The great global transformation. National market liberalism in a multipolar world*, Branko Milanovic dice que solo hay dos políticas exteriores estadounidenses: el excepcionalismo americano y el “America first”. La primera es el intervencionismo estadounidense de toda la vida, tanto el clásico imperialista/colonialista del destino manifiesto como el liberal, que se justifica con la “exportación de la democracia”. Su objetivo, dice, es el dominio del mundo.

“America first”, en cambio, “al menos formalmente coloca a todos los países en el mismo nivel. Sostiene que Estados Unidos perseguirá sus propios intereses, pero no espera menos de los demás. [...] En la política generalizada de ‘mi país primero’, Estados Unidos, debido a su tamaño e importancia, siempre tendrá más peso que el resto, pero no tendrá ningún deseo de gobernar a los demás o decirles cómo deben ordenar sus asuntos internos. [...] EE. UU. se comportará de manera transaccional, lo que de hecho es una política que hace que la guerra sea mucho menos probable”.

Es una visión extraña. El excepcionalismo americano queda bastante claro. Se entiende perfectamente en los conflictos de la Guerra Fría (en su pugna ideológica contra la URSS) y en las invasiones posteriores al 11S. Errónea o no, es una doctrina con fundamentos: lo mejor para el mundo es la hegemonía estadounidense. La teoría de “America first”,

en cambio, no existe. Es un significante vacío. Y es, sobre todo, propaganda trumpista. En verano de 2025, un periodista de *The Atlantic* le preguntó a Trump qué significaba exactamente el concepto. “Teniendo en cuenta que el término no se utilizaba hasta que yo llegué, creo que soy yo quien decide eso”, respondió.

Trump ganó las elecciones dos veces con un discurso antiintervencionista: Estados Unidos se había gastado demasiado dinero en aventuras exteriores. Años después, queda claro que el intervencionismo no está tan mal si lo decido yo. Como dijo el exasesor de Trump John Bolton, hoy muy crítico con el presidente: “No existe una doctrina Trump: haga lo que haga, no hay un gran marco conceptual; simplemente hace lo que le conviene en cada momento.”

Para modificar la idea de Milanovic, hay dos tipos de política exterior estadounidense: el intervencionismo liberal y el iliberal. El primero es idealista. Con *liberal* me refiero a representante del “orden liberal” o “neoliberal” en el mundo (mercados libres o semilibres, multilateralismo, democracia más o menos liberal). Y con *idealista*, a que intenta justificarse teóricamente. Aunque se ha demostrado una doctrina a menudo hipócrita, tiene un componente también sincero, heredero de la Segunda Guerra Mundial. Quizá el representante teórico más obvio de esta lógica es Michael Walzer y su célebre *Guerras justas e injustas*. El intervencionismo iliberal, en cambio, es el que representa Donald Trump. No se molesta con ideologías o justificaciones. No oculta sus intenciones o intereses. No intenta tampoco darle un soporte legal a sus intervenciones: es la fuerza de los hechos. Es una ideología del poder desnudo y de su arbitrariedad. Hay una parte extractivista, clásicamente colonial: Trump no la obvia cuando habla de que quiere el petróleo de Venezuela (a pesar de que Estados Unidos en

realidad no lo necesita). Pero es, sobre todo, una demostración de fuerza. O, como le dijo un miembro de la Casa Blanca al periodista Jonathan Blitzer, es “propaganda mediante la fuerza”. La intervención en Venezuela, las amenazas a Cuba, Colombia, México o Groenlandia sirven como golpe en la mesa: esta es nuestra área de influencia. ¿No tienen China y Rusia las suyas? Y no piden perdón (ni permiso) por ello. Poco después de la intervención en Venezuela, la Casa Blanca tuiteó: “Este es NUESTRO hemisferio.” Uno casi puede imaginarse a Trump preguntando a sus asesores “¿Qué es esto? ¿Por qué no es mío?”, como le pregunta Daniel Plainview en la película *Pozos de ambición* a uno de sus empleados mientras miran un mapa con parcelas.

En la administración Trump hay una tensión entre el intervencionismo liberal y el iliberal. No es una tensión muy problemática: ambas doctrinas pueden convivir, sus intereses pueden solaparse.

El secretario de Estado Marco Rubio es el principal representante de la primera doctrina. Es un halcón de antaño, un neocon clásico que habría encajado perfectamente en la administración de Bush. Su motivación principal para la intervención en Venezuela, y su interés por Cuba, es ideológica: es un clásico anticomunista de la Guerra Fría. Uno de los representantes de la segunda doctrina es el asesor de seguridad nacional Stephen Miller. Tras la intervención en Venezuela, dijo: “Estados Unidos está utilizando su ejército para proteger sin complejos nuestros intereses en nuestro hemisferio. Somos una superpotencia y, bajo la presidencia de Trump, vamos a comportarnos como tal. Es absurdo que permitamos que una nación situada en nuestro patio trasero se convierta en proveedora de recursos para nuestros adversarios, pero no para nosotros.” No tiene ningún interés por la región.

La gran obsesión de Miller es la inmigración. Lo que quiere es mandar un mensaje al mundo: *fuck around and find out*, como dijo el secretario de guerra, Pete Hegseth, otro perfecto representante del intervencionismo iliberal. Juega con nosotros y verás las consecuencias. “Muchos políticos quieren hablar. Quieren hablar de paz. Quieren hablar de diplomacia. Quieren hablar de negociaciones. Quieren hablar de globalismo y organizaciones internacionales. El presidente Trump habla a través de sus acciones”, dijo Hegseth. El poder no se explica, el poder se ejerce.

El multilateralismo ha muerto. Vuelven las áreas de influencia y el mercantilismo. Vuelven Monroe y McKinley. Trump no tiene una doctrina, pero sí una visión del mundo. Es una visión del mundo mercantilista. Como explica Milanovic, “el enfoque mercantilista del comercio exterior y la visión de los mercados como meros terrenos de disputa y combate es algo que podemos definir como una visión ‘empresarial’ de la economía: considera la actividad económica como una lucha permanente y no ve la ‘mano invisible’ del mercado que concilia los distintos intereses”. El intervencionismo de los neocon era neoliberal: hay que extender la democracia para abrir los mercados, y el *doux commerce* traerá la paz y la prosperidad. El intervencionismo de los trumpistas es empresarial, al estilo clásico: el comercio global es un terreno de disputa, la mano invisible ni siquiera existe, lo que existe realmente es el capitalismo monopolista. Y, como explicó Joseph Schumpeter en su clásico *Capitalismo y democracia*, ese es el camino para la guerra.~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

Los años turbulentos de Christopher Isherwood

por Carlos Hortelano

Christopher Isherwood pisó Berlín por primera vez en 1929. Diez años antes, en 1919, el profesor Magnus Hirschfeld había fundado allí el pionero Instituto para el Estudio de la Sexualidad. En su sede del Tiergarten, que bien podía decirse la biblioteca de Alejandría del sexo, una inscripción rezaba “Consagrado al amor y al pesar”. Pese a que no estaba únicamente dedicado a las relaciones entre personas del mismo sexo, fueron muchos los homosexuales que encontraron en este sitio una suerte de hogar. En el caso de Isherwood, que había llegado a Alemania huyendo de la Inglaterra gazmoña, esto fue literal: la hermana de Hirschfeld fue su casera en un edificio adyacente al instituto. A una hora de allí, en el 7 de Zossener Straße, estaba El Rincón Acogedor, un desatulado bar en el que Isherwood y su inseparable amigo, el poeta W. H. Auden, alternaban con otros miembros de su hermandad.

Se sabía lo que sucedía dentro de lugares como El Rincón Acogedor, pero se aplicaba un cierto *laissez-faire*, un dejarlo estar: no en vano, en Berlín se había empezado a publicar en 1896 la primera revista dirigida a homosexuales: *Der Eigene*, de intrincada traducción pero que en español podría ser algo como *Tú Mismo*. En 1919 también se había estrenado la película muda *Anders als die andern* (*Diferente a los demás*), que se considera la primera cinta que ofrece una visión benéfica de la homosexualidad, y en cuya producción colaboró el profesor



Hirschfeld. Y, si bien el artículo 175 del Código Penal vigente castigaba las relaciones sexuales entre hombres –no así entre mujeres–, a finales de los años veinte existía un proyecto de ley que, de prosperar –y había motivos para pensar que así lo haría–, las habría despenalizado.

En 1929 la siempre inestable República de Weimar venía de asomarse al abismo. Un año antes, la derrota sin ambages de los nazis en las elecciones alemanas –apenas consiguieron un dos por ciento de los votos– permitía cierto optimismo respecto a la estabilidad del régimen de Weimar. No obstante, el fracaso electoral no podía disimular la amenaza creciente que suponía el movimiento nacionalsocialista –sus miembros habían pasado de 27.000 en 1925 a 100.000 a finales de esa década–. Weimar era un polvorín. Con todo, la vibrante y liberal Berlín se mantenía relativamente aislada del peligro, y el Isherwood escritor, que contaba con el apoyo de todo un E. M. Forster –a quien consideraba su único maestro–, tenía un lugar donde desarrollarse.

La película *Los amigos de Peter* comienza con estas palabras del protagonista, interpretado por Stephen Fry: “Hay amigos que sabes que son

para toda la vida. Estáis unidos firmemente por el amor, la confianza, el respeto o la pérdida. O, en nuestro caso, simplemente por la vergüenza.” Pese a que en los ambientes en los que se movía Isherwood muchas amistades se trataban tras los pesados cortinajes de El Rincón Acogedor a partir de la vergüenza o el ocultamiento que nacían de la homosexualidad, las de Christopher no se basaban solo en esa condición compartida. Como miembro de la élite cultural de su tiempo, la literatura y la política eran catalizadores inevitables de la amistad, más potentes si cabe en la ciudad donde el escritor se había instalado. Entre 1929 y 1933, los años en los que Isherwood residió en Berlín, amigos como Stephen Spender, Erika Mann o Jean Ross –la Sally Bowles de *Cabaret*–, junto a visitantes ocasionales como el férreo comunista Edward Upward, insuflaron en él un compromiso político inequívocamente antinazi.

En 1932 conoció a Heinz Neddermeyer, alemán, también homosexual y once años menor que él. Isherwood quedó prendado de él en circunstancias poco halagüeñas. En enero de 1933 Hitler fue nombrado canciller. Neddermeyer quería

huir de su país para así evitar el servicio militar. En una Europa sin zona Schengen, esto no era sencillo: entre que los desertores alemanes eran vistos como criminales y que otras naciones ofrecían únicamente visados temporales –la concesión de la nacionalidad era un proceso que merece con justicia el adjetivo kafkiano–, los traidores como Neddermeyer quedaban en un limbo, sujetos al humor de funcionarios sobornables. Además, los países compartían entre sí listas de *indeseables*, lo que provocaba que cualquiera que figurase en estas pudiera ser capturado y devuelto. La picaresca permitía ciertas trampas, como la de Erika Mann, que, sabedora de que el régimen nazi iba a despojarla de su nacionalidad, pergeñó uno de esos matrimonios *lavanda* entre hombre y mujer homosexuales que luego tanto proliferaron en Hollywood. Se lo ofreció primero a Isherwood –que desechó la invitación– y luego a Auden –que la aceptó con entusiasmo–.

En mayo de 1933 Isherwood abandonó Berlín llevando consigo al prófugo Neddermeyer. En ese mismo mes los nazis, ya investidos de la fuerza del poder, irrumpieron en el edificio del Tiergarten del Instituto para el Estudio de la Sexualidad, que como centro corrupto y corruptor resultaba incompatible con el nuevo hombre alemán. Confiscaron varios ejemplares de su imponente biblioteca que luego lanzaron a una hoguera, alimentada ya por otras obras prohibidas.

Al albur de decisiones en despachos lejanos, Isherwood y Neddermeyer emprendieron una huida a ninguna parte con etapas en Grecia, Canarias, Cádiz, Gibraltar, Ceuta, Sintra –desde donde supieron de la sublevación de Franco en España–, Copenhague o Ámsterdam. De alguno de estos viajes queda constancia –novelada, pero indudablemente biográfica– en *Down there on a visit*, obra de 1962 recientemente publicada por Acantilado como *Amigos de paso*, y que abunda en el rescate del legado de Isherwood que la

editorial lleva impulsando desde hace más de diez años. Otras obras biográficas como los *Diarios de Sintra* editados en Gallo Nero o *Christopher y su gente*, editado en su momento por Muchnik y, en la actualidad, desgraciadamente descatalogado, permiten conocer estos años turbulentos del escritor.

Las esperanzas de la pareja estaban depositadas en la concesión de la nacionalidad mexicana a Neddermeyer. Para ello, Isherwood confió la gestión a Gerald Hamilton, buscavidas de dudosa reputación, también homosexual. Sin embargo, la vida nómada de Isherwood y Neddermeyer a la espera de un salvoconducto se truncó en 1937, cuando este último fue apresado en Luxemburgo y retornado a su país. En Isherwood quedó, ya perenne, la duda de si el granuja Hamilton llegó en algún momento a mover algún papel por Neddermeyer o lo mantuvo engañado durante meses.

Separado de Neddermeyer, el rechazo de Isherwood hacia Europa y todo lo que esta representaba se acentuó. En 1938 viajó junto a su leal Auden hacia China para escribir sobre la guerra sino-japonesa. Surcando el Índico sintió lo que los personajes de Maugham y Conrad. El trayecto en barco y los viajes por China y Japón fueron la época en la que Christopher y Wystan, tan amigos y tan distintos, pasaron más tiempo el uno con el otro, y donde terminaron de perfilar qué sería de ellos en el futuro más inmediato. Para enero del año siguiente ambos estaban ya en Nueva York. Allí Auden escribió su poema *I de septiembre de 1939*. En ese año Isherwood publicó *Adiós a Berlín*. Quedaban todavía trece años para que conociese a Don Bachardy, el segundo gran amor de su vida. Estuvieron juntos hasta la muerte de Isherwood, de la que el pasado 4 de enero se cumplieron cuarenta años. ~

CARLOS HORTELANO es ingeniero.



CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Digitalización de emergencia

por Mariano Gistaín

El origen del plan es que tanta población es insostenible. Llegado este momento crítico, el Estado, una vez unificado y privatizado, ha tenido que decidir. El Estado es una app en evolución forzada: una vez instaurada la paz perpetua kantiana hay que rematar la tarea. Mantener 8.000 millones de personas era ya imposible.

La opción del holograma personal se basa en que todo, incluyendo la vida, es información. El proyecto estaba listo hace tiempo, pero ahora es urgente. Siento repetirme, es por seguridad.

Cada persona es cierto número de bits, por citar una medida conocida: una vez hecha la transcripción, esa info puede configurarse de muchas formas y la persona sigue su vida digital.

–¿Se pierde algo en el tránsito?

–Entre un 10 y un 20%, que se valora como una ventaja: ¡al fondo hay sitio!

–¿Y la identidad?

–La identidad, concepto confuso utilizado en una etapa anterior, se compone de muchos elementos y capas de info que a veces no admiten la transformación. Hay un periodo de prueba y si no se está de acuerdo con el cambio se elimina el nuevo ente.

–¿Cuánto tiempo de prueba?
 –Una hora del tiempo habitual. Aunque hay que reseñar que, como usted sabrá, el tiempo se está acelerando, así que en este momento serían 52 minutos. Hasta ahora nadie ha solicitado volver atrás. Transcurrido ese tiempo, el proceso es irreversible... excepto si la persona contrata la gama premium, que amplía algunos plazos.

–¿Qué ofrece la gama premium?
 –Es una suite de opciones. La extra gold permite conservar la persona física original en una vida paralela. Se guarda en una residencia analógica residual aislada del mundo holográfico.

–En ese caso, ¿cuál de las dos personas tiene el mando?

–Lo decide el cliente en el momento de contratar. Pero se recomienda que decida la copia nueva, la holográfica.

–¿Por qué?

–Tiene más futuro. Este mundo se extingue más deprisa de lo esperado. Va a ser difícil garantizar la supervivencia de personas analógicas aun en entornos de pago.

–En esa doble vida opcional, ¿pueden interactuar las dos personas?

–No.

–¿Por?

–Ya hay bastante lío.

–¿Y la digitalización básica qué ofrece?

–Como hemos dicho, un ser humano, o un gorrión, en su formato actual, es insostenible. Es mucho más económico el estado digital, en su versión holograma.

–¿Se pierde información?

–Algo se pierde y mucho se gana.

–¿La básica es gratis?

–Es un intercambio. La persona renuncia a su presencia física. A cambio, el Estado Universal cancela las deudas si las hubiere y le proporciona el ser digital en su formato de holograma... esperamos que mejore con el tiempo. Todo es provisional, impredecible, superfluo.

–¿Qué siente la persona transformada?

–Ausencia de dolor, su dentadura a estrenar, visión perfecta, cierta ingratitud, incluso de carácter (menos ego)... ya digo que en sucesivas versiones habrá más beneficios. El ADN se repara automáticamente en el propio tránsito... y una vez digitalizado se pueden mejorar todos los parámetros.

–¿Inmortalidad?

–En versiones de pago, cierta longevidad, siempre condicionada a las circunstancias generales...

–¿Qué impediría a los seres digitales vivir indefinidamente?

–El consumo. Aunque es un billón de veces menor que en los analógicos, sigue siendo excesivo. Además del holograma digital se ofrece la posibilidad de morir gratis, pero nadie la quiere.

–¿La reproducción es natural?

–Todo lo digital es natural: estos cambios son posibles porque la vida y el universo son información, de manera que la información es lo más natural que hay. Hacer copias es fácil, pero el objetivo es reducir, no reproducir.

–¿El holograma tiene tacto, gusto, etc.?

–Antes hay que completar el entorno en el que va a vivir, pero ya está cerca del 83% y va rápido. Entretanto, en las zonas predigitales puede haber disfunciones, situaciones irreconocibles y momentos de ofuscación... nada nuevo.

–¿Y las personas que no quieren transformarse?

–Hay comarcas de humanos analógicos que conservan flora, fauna y el hábitat físico actual, son como reservas de la vida anterior, pero la gente no aguanta mucho porque no hay mundo... solo hay comarca: no hay recambios, ni fábricas, ni bares, ni expectativas, ni viajes, no hay ciencia... y fuera de esas reservas todo va a ser, o ya es, desolación, ciudades vacías y plantas autosuficientes

para gestión de datos. Así que las personas no soportan esa vida y enseguida solicitan la digitalización.

–¿Qué se hace con los cuerpos de las personas analógicas cuando se trasladan al mundo digital?

–Ellas mismas deciden el método para autoeliminar.

–¿Se conservan las redes sociales?

–Por supuesto. Se incorporan al cuerpo, o sea, al holograma.

–¿Por qué hacen todo esto, hay razones ocultas?

–Este programa estaba previsto hace tiempo, se ejecuta ahora porque hay un factor que obliga a actuar sin pausa.

–¿Cuál?

–Ha sido comunicado y publicado. Como sabe, la transparencia del Estado app es inmediata y sin restricciones, es por defecto.

–Pero no me he enterado de esa urgencia... ¿cuál es?

–Desde los años setenta del siglo xx sabemos que el universo se expande. Esa expansión se ha acelerado bruscamente, lo que acelera el tiempo y la entropía. Esta aceleración y el desorden los veníamos sintiendo en los últimos años...

–Pensaba que era por los móviles...

–No hay que descartar nada. Pero la velocidad de la extinción aumenta de forma exponencial, así que...

–Encuentro algunas inconsistencias en sus respuestas.

–Intento armonizar sistemas y contextos que no siempre encajan y entiendo que usted, dado que formó parte de las primeras personas que se transformaron, fue víctima de un error de tránsito y se quedó en una fase intermedia... lo que debe de ser decepcionante...

–En efecto... pero usted todavía es analógico puro...

–Sí. Yo apagaré la luz. ¡Oiga! ¿Qué hace? ¡Socorro! ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).